

La renovación de la cultura filosófica española

- I.—El ambiente político-social del siglo XIX.
- II. Las corrientes tradicionales.—III. El krausismo.—IV. Los estudios filosóficos en Cataluña.—V. La regeneración por el Trabajo y la Ciencia.—VI. Sinopsis.

I.—EL AMBIENTE POLÍTICO SOCIAL DEL SIGLO XIX

Bajo cien distintas maneras, solapada ó briosa, científica ó literaria, histórica ó filosófica, en la política, en la enseñanza, en la moral, en la cátedra y en la barricada, en el Parlamento y en el libro, siempre vencida y siempre renaciente, la tendencia renacentista antes representada por Luis Vives, aparece en España desde tiempos de Carlos III (1759-1788) y no desmaya en sus esfuerzos. Contra el aislamiento antieuropeo de la teocracia instaurada desde los Reyes Católicos, los nuevos renacentistas pugnan por la *europización cultural de España*.

Europización no significa imitación servil; significa nivelamiento. En los siglos XVII y XVIII España se puso fuera de la cultura europea, después de dar honrosa sepultura á su siglo de oro con tres grandes nombres: Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo. No es posible afirmar otra cosa sin mentir; ya hemos visto que la culminación de su literatura coincidió con la proscripción del Humanismo y del Renacimiento de las ciencias y la filosofía. La alta cultura española

quedó circunscrita á lo que permitieron los intereses de la dinastía teocrática: se enclaustró en la escolástica católica. Desde entonces, todo esfuerzo por salir de ella ha implicado un anhelo de europeización, ora confesado, como en Costa ó Altamira, ora españolizante, como en Ganivet ó Unamuno. En todos ellos adviértese un constante esfuerzo por asimilar la cultura europea, transfundiéndola y adaptándola á las peculiaridades de la mentalidad peninsular; que de otro modo fuera inútil cualquier esfuerzo (1).

(1) Algunos creen que la europeización de España se realizará «traduciendo» al español las obras de buenos autores europeos; un siglo de traducir, no ha dado aún resultado perceptible. El problema es otro: asimilar y adaptar para «nivelarse». El brillante pensador *Luis Araquistain* llega á decir, con cierta ironía, «en el fondo, eso que se ha denominado europeización en España, significa traducir», y considera que «la comunidad de europeizantes podría convertirse en una Liga de Traductores». Sería un trabajo inútil; la renovación de la cultura depende—aparte de otros factores sociales—, del criterio y del método puestos como fundamentos de toda la enseñanza nacional primaria, secundaria y superior. La actual cultura «europea» se caracteriza por tener sus fundamentos en las ciencias naturales; ése es el ideal que renovará la cultura española, nivelándola con la europea, como quiere el ilustre *Ramón y Cajal*. A Araquistain responde, con agudo acierto:

En los escritos didácticos de fines del siglo XVIII se advierte ya alguna influencia de los economistas y del enciclopedismo. Durante el reinado de Carlos III, hombre profundamente religioso, la estimula el llamado partido aragonés—antítesis del castellano, reaccionario—cuyos miembros conspicuos fueron designados con el epíteto de «afrancesados»: el más grave que en España se aplica, aun en nuestros días, á los pensadores renacentistas.

Despiertan las letras y las ciencias; parece, por momentos, que van á repetirse los entusiasmos culturales que señalaron el amanecer del siglo de oro. Floreció una brillante legión de fisiócratas. Sólo faltó un Vives, un Vives enciclopedista, más moderno y más español que el otro, un Vives que viviera, enseñara y escribiera en España y para los españoles. Ambiente no faltaba para un filósofo, ni hombres de acción y de ingenio que abrieran las ventanas de aquella celda herméticamente clausurada por el Santo

to, *Miguel de Unamuno*, para quien el problema consiste en «apropiarnos y asimilarnos la cultura europea —y las demás culturas— en lo que tengan de apropiables ó asimilables, y luego expresarlas, fundirlas en lo nuestro y á nuestro modo». (Artículos en «Hispania», Londres, 1914.)

Oficio. Olavide, Aranda, Campomanes, Florida-blanca, Cabarrús y muchos otros, dan el tono de esa renovación política y cultural (1).

Por ese entonces la historia se moderniza, tornándose sociología en unos y política económica en otros; asume caracteres científicos, si no contornos propiamente filosóficos. El valenciano Mayans y Ciscar (1699-1781), erudito reeditor de Vives y de muchos autores olvidados, publica, entre otras obras valiosas, su «Tratado de la progenie hispana», iluminando el problema de los orígenes étnicos. El catalán Juan Francisco Masdeu (1744-1817) da á luz sus veinte tomos de «Historia crítica de España», cuyo hondo sentido sociológico hace olvidar su criterio confesional. El valenciano Juan Bautista Muñoz (1745-1799) emprende con vistas científicas su «Historia del Nuevo Mundo», que no pudo terminar. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), doctísimo polígrafo, puso en cuanto es-

(1) En nuestro estudio sobre «El Contenido filosófico de la cultura argentina», ponemos el reinado de Carlos III como punto de partida de la revolución económica, política é intelectual de la Argentina: desde Vértiz hasta Moreno Rivadavia y Sarmiento, las ideas y las iniciativas que florecen, son la continuación de la política económica y cultural de ese monarca. Fué vendido en España: triunfó en la Argentina.

cribió el criterio político-económico europeo. Europeísta también, José Cadalso (1741-1782) publicó, entre otros escritos, sus famosas «Cartas Marruecas», de firme valor político y moral. Francisco Cabarrús (1752-1810) combate la ignorancia rutinaria y el militarismo, en sus famosas «Cartas» sobre la felicidad pública, que sólo cree posible difundiendo una instrucción práctica y científica. Y son del mismo tiempo los escritos didácticos y filosóficos de Andrés Piquer (1711-1772), llenos de buen sentido y espíritu crítico; poco posteriores los de su sobrino, el bravísimo polemista Juan Pablo Forner (1756-1797), que en 1787 publicó los «Discursos filosóficos sobre el hombre», de sabor moderno. Zapata escribió por entonces su violenta sátira «El ocaso de las formas aristotélicas», mientras la crítica literaria se ilustraba con los nombres de Capmany y de Arteaga, al propio tiempo que florecía el más ilustre filólogo español, Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), precursor de la filología comparada.

En muchos de ellos—no en todos—se manifiesta explícitamente la tendencia á substituir la España de Suárez por la España de Vives; pero en el subsuelo cultural, infectado por la primera, no logró arraigar la segunda. En vez de la teología escolástica, exhausta ya, brillaron las

«ciencias de papel»; es inmensa la cantidad de mediocres escritos jurídicos y de derecho político, á punto de haberse dicho con verdad que en este último «cada maestrillo tiene su librillo». Muy malo, generalmente.

Después de ese paréntesis, el reinado de Carlos IV (1788-1808) señala el principio de una nueva decadencia, pronto complicada con la pérdida de la libertad nacional y la disgregación de las colonias de América. Apenas agrietada, la muralla opuesta á toda penetración de la cultura europea volvió á consolidarse después de la crisis de 1808-1814; la circunstancia de la invasión francesa hizo que la causa patriótica fuera convertida en causa antifrancesa y antieuropea.

Las Cortes de Cádiz (1812) habían abolido el Santo Oficio; la restauración de Fernando VII fué, al propio tiempo, la restauración del oprobioso tribunal (1814). Con ese monarca resurge en pleno siglo XIX la barbarie negra. El rey entró á Madrid sobre un carro triunfal, tirado por veinticuatro mancebos, en vez de caballos, mientras el pueblo se arrojaba á sus pies gritando: «¡Viva el rey absoluto!» y (grito nunca oído en la historia del mundo): «¡Vivan las cadenas!» El Renacimiento moría otra vez, amortajado por el fanatismo dinástico-religioso. El mismo que cuatro siglos antes rematara la cruzada con la ex-

pulsión de la cultura árabe y judía, el mismo que había opuesto la Inquisición al despertar del humanismo y del libre examen, él mismo vino á cerrar todas las rendijas á las luces nuevas de los continuadores de la enciclopedia—los ideólogos—que, en ese momento, podían llegar de Francia. Tres veces, tres, el mismo infortunio de la miseria cultural y moral fué cernido sobre España por la intolerancia de su teocracia.

No nos incumbe opinar sobre política española; pero es necesario consignar ciertos hechos para comprender la pobreza de su cultura filosófica. Todo lo que hemos leído ó conversado con españoles ilustres, nos permite considerar que no exageró Luis Morote al escribir las páginas que iluminan esa tercera inmolación del renacimiento español (1).

En esta época volvieron á España los jesuitas

(1) *Luis Morote*, «La Moral de la Derrota»: «Sus principios filosóficos (de los reaccionarios) se consignaban en aquella célebre exposición de la Universidad de Cervera (11 de Abril de 1827), que decía al Rey: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir que ha dominado por largo tiempo, con total trastorno de imperios y religión en todas partes del mundo.» ¡La peligrosa novedad de discurrir, la fatal manía de pensar! ¡Cuántas veces se verá reaparecer ese programa para nuestro mal y ruina!» (pág. 195.)

(1) expulsados en tiempo de Carlos III. El régimen reaccionario, con leves oscilaciones, fué prolongándose en la regencia de María Cristina (1833-1840) y en el reinado de Isabel II (1843-1868), cuya continuidad interrumpiera la regencia de Espartero (1841-1843). Con la Isabel llegó á tanto, que la revolución de 1868, al expulsarla, fué saludada por los españoles cultos y pundonorosos como una reivindicación de la dignidad nacional.

Bajo tal régimen ninguna filosofía podía florecer en España. Por un lado, los teólogos y dialécticos seguían monopolizando la enseñanza oficial en beneficio exclusivo de la escolástica, muerta en Europa tres siglos antes. Por otro, un grupo de disidentes, inclinados hacia sistemas de filosofía acatólicos, veíanse obligados á encubrir ó disfrazar su orientación científica ó positivista.

(1) Justo es decir que durante su expulsión, y principalmente en Italia, realizaron buenos trabajos de erudición, distinguiéndose entre todos *Arévalo*, editor y comentarista de las obras de Isidoro de Sevilla.—Otros se ocuparon de estética; ver en *B. Croce*: «Estética», *passim*.

II.—LAS CORRIENTES TRADICIONALES

Un mismo carácter polémico y faccioso observase en los escritos político-jurídicos, cuya producción no escaseó en ningún tiempo: cuanto peores son las costumbres políticas efectivas de un pueblo, mayores son las disputas teóricas y doctrinarias que en él se producen. En España, la escasa filosofía del siglo XIX trasunta propósitos de ataque ó defensa del régimen imperante.

La escolástica católica conservó su situación de privilegio en la cultura filosófica y en la enseñanza universitaria; pero las más de sus producciones, en este siglo, son de carácter polémico y dirigidas á contrarrestar el «liberalismo», representado por los introductores de ideas europeas. En el fondo—y esto es lo más importante—la lucha entre conservadores y europeizantes fué, casi siempre, una lucha política entre la monarquía clerical y sus adversarios, generalmente inclinados al republicanismo laico. Este hecho no es exclusivo de España; en todas partes la filosofía del siglo XIX ha presentado los mismos caracteres; los sistemas de filosofía cien-

tífica son bien vistos por el radicalismo y las filosofías espiritualistas son simpáticas á los reaccionarios. Las opiniones filosóficas y políticas de cada pensador se encuadran en esas líneas generales; en los términos extremos, no podría mencionarse un clerical partidario de la filosofía naturalista, ni un anarquista defensor del espiritualismo escolástico.

Este carácter militante y político es acentuadísimo en los escritos de Francisco Alvarado (1754-1814), Juan Donoso Cortés (1809-1853) y Jaime L. Balmes (1810-1848). No falta en muchos libros posteriores de Fray Ceferino González, muy versado en materias filosóficas, y en los de Orti y Lara. Más propiamente escolástica es la filosofía expuesta por otros tratadistas de escasa originalidad, como Juan José Urrabura, Cuevas, Mendive, Comellas y Cluet, unos menos tradicionalistas que otros.

De todos esos nombres, y de otros más oscuros que pueden omitirse, destácase con cierta originalidad el de *Jaime L. Balmes*, que salva del anónimo á la escolástica católica de su siglo. Bello ingenio, sin duda, y provisto de cierto sentido práctico, que él identificaba con el sentido común, agregó matices á ciertos problemas de su doctrina. Dentro de ésta, su «Filosofía Fundamental» (1846) es una obra de mérito, no obs-

tante moverse dentro de una vulgaridad plúmbea. Balmes, en efecto, no vuela nunca; no es un místico ni un metafísico. Parece teóricamente modernista por su excesiva plasticidad; todas sus intransigencias las reservó para el combate diario, cuerpo á cuerpo: había nacido polemista. En constante comercio intelectual con la filosofía europea (que tanto habían evitado los escolásticos españoles de los últimos siglos) Balmes fué, sin quererlo, un europeizante. Así lo demuestra su intento de rejuvenecer la escolástica aprovechando ciertos conocimientos recogidos en las mismas fuentes que pretendía cegar. Su agresividad hacia las ideas nuevas tiene el ardor de una reacción contra algo que intenta penetrarlo, como si se defendiera de peligros que empieza á llevar dentro de sí; su exaltación española es un homenaje al tradicionalismo que defiende y se adapta admirablemente á la mentalidad antiextranjera de los intereses político-religiosos cimentados por su obra «El protestantismo comparado con el catolicismo» es un enquiridión apologético, descollante entre los similares; quiere ser, en cierta manera, una filosofía de la historia. Salvó las fronteras de España y tuvo muchas traducciones. En ese, y en otros escritos polémicos, la influencia europea se transparenta á cada paso, en cuanto hubo de in-

formarse para combatirla. Acometió el positivismo francés, naturalmente derivado del enciclopedismo y de la ideología; no perdonó al empirismo inglés, que ya se preparaba á rematar en el evolucionismo de Darwin y Spencer; y no dejó de agredir á los filósofos acatólicos de Alemania, ya fueran de cepa crítico-protestante como Kant, ya idealista—panteístas como Hegel y Krause. Fué el adalid de una tradición y de un partido (1).

El poeta Ramón de Campoamor tuvo la «afición» de la filosofía y despachó por metafísica trascendental ciertas espampanantes divagaciones literarias. Fué, sin duda, muy leído y lo será siempre con curiosidad. Aunque agudo como crítico, es incoherente. La falta de opiniones seriamente pensadas (2) le da cierto cariz de escepticismo; diríase que éste es simple espíritu «picaresco» transportado á regiones donde no suele aplicárselo. «El Personalismo», «Lo Ab-

(1) *Blanche Raffin*: «Jacques Balmés, sa vie et ses ouvrages», París, 1860.—*Em. Beaussire*, noticia en el diccionario filosófico de Franck.—Etc., etc.

(2) Los tradicionalistas le criticaron por novelero y los positivistas por reaccionario; nunca llegó á tener una opinión firme. Por su filosofía, «el segundo Campoamor»—como le llamó *Azorin*—no agregó nada al «primero», poeta admiradísimo.

soluta», «El Ideísmo», etc., son documentos originales de un gran talento poético que en mitad de su carrera cometió la imprudencia de cambiar caballo.

Actualmente cultivan la escolástica, antigua ó moderna—con predominio de la orientación neotomista representada por Mercier.—Juan Zaragüeta, profesor del Seminario Conciliar de Madrid, autor de varios ensayos interesantes, Gómez Izquierdo, Asín, Callejón, Arnáiz, González Carreño, Serra, etc. (1).

Después del concordato de 1851 no hay nombres ilustres en la escolástica peninsular; sin embargo, ella sigue dominando desde su ataúd: como aquel héroe de la leyenda española cuyo cadáver fué atado sobre un corcel y siguió espantando á los enemigos. «Es claro que los estudios de Teología Dogmática y moral han debido prevalecer sobre otros cualesquiera, y

(1) Después de releer la obscurísima obra de *Narciso Muñoz* «Etudes de positivisme métaphisique» (Paris, 1914), parece inferirse que el autor desea rehabilitar la patrología de Agustín contra la escolástica de Tomás y sus continuadores; reprocha á la escolástica las infiltraciones aristotélicas y platónicas, que considera corruptoras de la teología cristiana.—No podemos afirmar que sea éste el verdadero criterio del autor, con frecuencia indescribible.

nunca han faltado en nuestros cabildos varones de sólida y profunda doctrina que son testimonio de que todavía quedan teólogos y canonistas en España.» (1). Teólogos y canonistas, puede que sí; pero ninguno entre ellos — después de Balmes — merece tratamiento de filósofo.

Dos grandes nombres ilustran indirectamente la filosofía tradicionalista española, como críticos é historiadores. Juan Valera (2), espíritu menos intolerante, intercaló en su vasta obra literaria numerosas exégesis, comentarios y polémicas sobre los filósofos españoles y sus doctrinas; sus críticas filosóficas tienen mucho valor literario.

El eminentísimo erudito *Marcelino Menéndez y Pelayo* inició su carrera con las dos obras de información y crítica que hemos citado tantas veces, utilísimas para la historia de la filosofía española, no obstante su intolerancia. Por su criterio filosófico (3) Menéndez y Pelayo simbo-

(1) *Menéndez y Pelayo*: «Heterodoxos», I, 24 (edición de 1911).

(2) Muy interesantes apuntes para su biografía pública *D. Julián Judertas*: «Don Juan Valera», en «La Lectura», Nos. de 1913-1914.

(3) Ya hemos dicho toda la incondicional admiración que nos merece por su obra de crítico y erudito en la historia de la literatura castellana. Aquí nos referimos exclusivamente á su criterio filosófico.

liza, á fines del siglo XIX, la España tradicionalista, sin reservas ni condiciones. Formidable polemista católico, vivió conservando hasta el fin su actitud inicial. En la «Historia de los Heterodoxos» quiso justificar los desmanes del Santo Oficio como un resultado natural del derecho histórico español, pero olvidó decir que ese derecho era el instrumento jurídico de una teocracia y que era necesario justificar históricamente la teocracia misma. «El que admite que la herejía es crimen gravísimo y pecado que clama al cielo, y que compromete la existencia de la sociedad civil; el que rechaza el principio de tolerancia dogmática, es decir, de la diferencia entre la verdad y el error, tiene que aceptar forzosamente la punición espiritual y temporal de los herejes, tiene que aceptar la Inquisición.» Con cuántas reservas deben leerse sus juicios y críticas filosóficas, es fácil comprenderlo si se recuerda que en «La Ciencia Española», polemizando con Azcárate y de la Revilla, había escrito ya estas palabras muy leales: «Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico á macha martillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna... y comprendo y aplaudo — agrega — y hasta bendigo la Inquisición, como fórmula del pensamiento de

unidad que rige y gobierna la vida nacional del pueblo español, y no opresora de él, sino en contados individuos y ocasiones rarísimas» (1). Esas dos obras fueron escritas entre los veinte y los veinticinco años de edad; al cumplirlos le abrió sus puertas la Academia Española — no por sus admirables estudios literarios (que aun no había escrito) — sino por la misma causa que la indujo á elegirse, en 1913, un presidente en la persona de Antonio Maura.

(1) Esas y parecidas citas son repetidas por cuantos se ocupan del problema cultural español; muchos españoles y extranjeros tienen la ingenuidad de refutar á Menéndez y Pelayo, publicando la estadística de las personas quemadas ó perseguidas por la Inquisición en España, que se cuentan por centenas de millares.—Si aquí citamos las opiniones del eminente crítico, es para explicar la exigua confianza que merece cada vez que trata los problemas de historia filosófica relacionados con sus creencias religiosas. Baste recordar que al final del tomo III de los «Heterodoxos» (1882), se leen estas palabras: «Todo lo contenido en estos libros, desde la primera palabra hasta la última, se somete al juicio y corrección de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y de los superiores de ella, con respeto y obediencia rendida.»

III.—EL KRAUSO-POSITIVISMO ESPAÑOL

Frente á la escolástica y al tradicionalismo erudito, se manifestaron varias corrientes renovadoras y europeizantes. Abiertamente científicas y naturalistas las menos, concretáronse las más á intentar una regeneración cultural y moral de España mediante la introducción de doctrinas extranjeras (1).

Ninguna de estas influencias llegó á tener importancia tangible, alternándose ellas esporádicamente (2). Después de 1850 se acentuó la actividad de sus partidarios, emprendiéndose

(1) Hubo ecléticos cousinianos, como García Luna; cartesianos, como Martín Mateos; la influencia escocesa de Hamilton se siente en los escritos de José J. de Mora y de los catalanes Martí Eixalá y F. J. Llorens; la de Kant, en Rey y Heredia; la de Renouvier, en Nieto Serrano; la de Vacherot, en Indalecio Armesto; A. M. Fabié fué hegeliano neto y menos acentuadamente lo fué F. Fernández y González.

(2) Confrontar datos y bibliografía publicados por Lutoslavsky, en *Ueberwegs: Grundriss der Geschichte der Philosophie*, vol. IV, páginas 586 á 589.

numerosas traducciones: Descartes Kant (1), Leibnitz, Hegel y, sobre todos, Krause.

Este autor, que ocupa rango secundario entre los filósofos de su patria y de su siglo, alcanzó fortuna en España; ello no se debió al valor intrínseco de sus doctrinas, sino al *sentido ético-político-pedagógico* que ellas adquirieron en manos de los krausistas españoles. Apóstoles, antes que filósofos, pusieron su mayor empeño en acometer la regeneración social de España por la difusión de la instrucción pública y de severos preceptos éticos que refrenaran las corruptelas del poder político y religioso. Vino, con esto, el krausismo á ser el centro de todas las corrientes europeístas y en torno suyo giraron los partidarios de otras influencias, principalmente el hegelianismo y el positivismo. Este bloque de la renovación española contra el tradicionalismo teocrático influyó en el acontecimiento político más significativo de cuantos presencié España en los últimos tiempos.

La revolución del 68, á la inversa de los innumerables pronunciamientos militares que du-

(1) Sobre «Kant en España», artículo de Lutoslavsky en los «Kantstudien», de Vaihinger, 1896.